

LUIGI GIOIA

DÍSELO A DIOS

El camino de la oración

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

A Pauline Matarasso,
que es una gracia para sus amigos.

Para Bram y Peter,
ciertamente mana dentro.

Imagen de cubierta de José María de la Torre,
Paisaje (1971), óleo en madera

Tradujo José Ángel Velasco García
del original inglés *Say It to God. In Search of Prayer*

© Luigi Gioia, 2017

This translation is published by arrangement
with Bloomsbury Publishing Plc.

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca/España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2036-9

Depósito legal: S. 221-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Justin Welby	9
1. Cualquier trozo de madera	11
2. Benditas crisis	15
3. Cerrar la puerta	21
4. Una presencia en nuestro interior	25
5. Aprovechar el tiempo	31
6. Palabras llenas de sentido	37
7. Algo misterioso	45
8. Destellos inesperados	49
9. Sintonizar	53
10. Un río que fluye eternamente	57
11. Una morada no hecha por nosotros	63
12. La actitud adecuada	69
13. Superar la desconfianza	75
14. Un panorama más amplio	79
15. Reivindicar nuestra libertad	85
16. Un nuevo día	91
17. Un corazón nuevo	95
18. Yo confío en ti	101
19. Arrojar montañas al mar	109
20. Retrasos	117
21. Las alas de una paloma	129

22. Un susurro	137
23. El silbo del pastor	143
24. Miedo a la decepción	141
25. Más allá de las palabras	157
26. Díselo a Dios	161
<i>Epílogo</i> , de Michael Casey	167
<i>Referencias bíblicas</i>	169

PRESENTACIÓN

JUSTIN WELBY
Arzobispo de Canterbury

«Señor, enséñanos a orar»: esta petición que los discípulos dirigieron a Jesús sigue resonando hoy.

Si fuéramos sinceros, la mayoría de nosotros reconocería que la oración no suele ser fácil o gratificante, y que raras veces brota en nosotros con naturalidad. A menudo nos asaltan las distracciones, las inquietudes y las dificultades. ¡Este libro asume todo eso!

La oración es dura, y el autor no busca ni propone soluciones fáciles. En lugar de ello, nos conduce por las sendas de las grandes plegarias de la Escritura: los salmos, las súplicas de los profetas del Antiguo Testamento y, sobre todo, las oraciones de Jesús. En estas últimas descubrimos nuestra identidad como hijos de Dios. Aprendemos que la oración no consiste en esforzarnos por llamar a la puerta de un Dios demasiado ocupado o distante como para escucharnos, sino en responder a un Dios que ya ha empezado a dialogar con nosotros y solo quiere pasar más tiempo a nuestro lado, que busca ayudarnos a crecer y que desea sorprendernos.

Sin embargo, las sorpresas no siempre son bienvenidas. El Dios que encontramos en la oración no es esa especie de Papá Noel que nos gustaría que fuera. El Dios real nos despierta, nos desafía y nos conduce por caminos inesperados.

Luigi Gioia nos anima a responder a las incitaciones de Dios, a afrontar las vicisitudes del camino y a seguirlo con una confianza de niños para adentrarnos en una nueva forma de estar con Dios: orar como Jesús y con Jesús, con entera libertad

y confianza. En esa estela, estas páginas nos invitan a examinar nuestras vidas y nuestras prioridades, al tiempo que nos estimulan a escuchar al Dios que está ya hablándonos.

El libro concluye de una forma muy hermosa: cuando vayas a orar, hazlo con sencillez, con brevedad, con autenticidad. Porque cuando ponemos todo nuestro ser en la presencia de Dios, él responde a la petición con la que iniciamos estas líneas: «Señor, enséñanos a orar».

CUALQUIER TROZO DE MADERA

¿En qué consiste realmente la oración? No nos referimos simplemente a recitar oraciones, sino a la oración de verdad. No hablamos de decirle cosas a Dios, sino de tocar a Dios o, mejor, de ser tocados por él. ¿Cómo es la oración auténtica, la oración que se fundamenta en el poder de la resurrección?

Deberíamos tener cuidado con nuestro afán de buscar el mejor lugar, las condiciones ideales y el método perfecto para orar. Esto podría hacernos olvidar una ley básica de la oración cristiana: *la oración se encuentra siempre ahí, siempre está activa en nuestro corazón, independientemente de dónde nos hallemos, de lo que hagamos, de lo que sintamos*. Cuando tomamos conciencia de esto, ya estamos orando. Los grandes santos han enseñado a menudo que la oración es, o tiene que llegar a ser, como la respiración, es decir, algo que nos acompaña siempre.

Quisiera compartir aquí una experiencia personal. Por aquel entonces, tenía diecisiete años y hacía poco que había recuperado la fe. Acababa de descubrir los salmos y estaba enamorado de ellos; además, había concluido un libro estupendo sobre la oración. Así que me propuse rezar todos los días, tener cada jornada un «rato de tranquilidad», por usar la expresión con que algunos la describen. ¡Y funcionaba! Los cinco minutos diarios que había decidido dedicar a la oración pronto se me quedaron cortos, de manera que los fui alargando hasta quince, veinte, veinticinco. Cada día añadía cinco minutos y no me aburría: me encantaba, me daba mucha paz, mucha alegría.

Durante aquellos felices primeros días, por alguna razón que no recuerdo, yo tenía la casa entera a mi disposición, de modo que podía disfrutar de todo el silencio y toda la paz que quería. Pero aquel tiempo bendito no podía durar mucho. Tengo tres hermanos más pequeños; en aquella época, el último no pasaba de los tres años. Yo los quería con locura, pero hay que reconocer que a veces eran insoportables. Pues bien, imaginad la escena: me encierro en mi habitación, me siento en una silla, leo un salmo, lo releo, un versículo me toca, cierro los ojos y empiezo a repetirlo despacio en mi corazón. Mis hermanos están jugando al escondite; uno de ellos se molesta por algún motivo y empiezan a discutir. El pequeño rompe a llorar, viene hasta mi cuarto y se pone a aporrear la puerta. Es frustrante. Intento no perder la concentración, pero mi enfado va en aumento hasta que, finalmente, monto en cólera y les grito que se callen. Y no una vez, sino unas cuantas. Entonces, entristecido y con sentimientos de culpa por haber perdido los estribos, abandono.

La escena se repitió dos o tres veces más durante aquella semana. Finalmente, decidí hablar de mi experiencia con un monje benedictino. Y él me enseñó algo sobre la oración que jamás olvidaré. Tras desahogar mi frustración y confesarme por haberme enfadado, me contó la historia de un cristiano de Vietnam. Durante una época de persecución, fue arrestado a causa de su fe y pasó varios años recluido en una celda minúscula, hacinado junto con ladrones, asesinos y otros criminales. Cuando, décadas más tarde, fue por fin puesto en libertad, declaró que la oración, la oración profunda del corazón, jamás lo había abandonado en aquel tugurio, y que los ruidos, las incomodidades, los gritos y los sufrimientos de todo tipo que había tenido que soportar, lejos de distraerlo, se habían convertido en el combustible de su oración; no en un obstáculo, sino en el camino a través del cual había aprendido a orar.

Para concluir, el monje benedictino me dijo: «Si quieres que tu oración sea auténtica, has de aprender a *convertirlo todo en oración*». Y añadió: «*Cualquier trozo de madera sirve*

para alimentar el fuego». Esta es la lección más importante sobre la oración que he recibido en mi vida.

A la luz de este consejo, convendría que cada uno cuestionara sus ideas preconcebidas sobre la oración. ¡Cuántas veces ni siquiera intentamos orar en ciertos lugares, situaciones o ambientes, porque creemos que para orar se requiere concentración, sentimientos especiales, un determinado estado de ánimo, condiciones ideales y mucho tiempo libre! Y desgranamos la letanía de las cosas que nos impiden orar: no tengo tiempo; tampoco un momento de tranquilidad, debido al ajeteo de la ciudad, al ruido, a la gente que me cerca; y qué decir de los agobios y el estrés; y del humor: si no estoy enfadado, me siento frustrado, deprimido o...

¿Qué pasaría si empezáramos a concebir el ruido no como algo *a pesar de lo cual* oramos, *en contra de lo cual* oramos, sino algo *a partir de lo cual* oramos? ¿Qué pasaría si la ira, los celos, la frustración (todos esos sentimientos que nos embargan varias veces al día) no solo dejaran de ser un obstáculo para orar, sino que se convirtieran en los trozos de madera que alimentan nuestra plegaria, que mantienen encendido el fuego de la oración?

Algunos ejemplos: cada vez que me enfado, le muestro mi enfado a Dios, le digo por qué estoy enfadado y con quién. ¿Acaso no es esto orar? Cada vez que me siento frustrado o desanimado, le cuento a Dios cómo y por qué. Repito: ¿acaso no es esto orar? Cada vez que algo me hiere, me hace daño, se lo cuento a Dios, se lo digo con sencillez *a Él*. E igualmente cuando algo me produce una gran alegría, cuando algo me ha salido bien y estoy contento, le dedico unos segundos para agradecersele: ¿no es esto también orar? Basta con que empieces a hacer esto y posiblemente terminarás orando cien veces al día. Y si sumas todos estos «trozos de madera», tal vez descubrirás que has dedicado más tiempo a la oración que en el momento más perfecto de tranquilidad.

No deberíamos pensar que, antes de ponernos a orar, necesitamos superar nuestro enfado o nuestra frustración. Puede

resultar difícil de creer, pero Dios está sincera y profundamente interesado en cada uno de nuestros pensamientos, tanto buenos como malos, en cada uno de nuestros sentimientos, tanto agradables como desagradables: ¡en todos!

Lógicamente, surge una cuestión obvia: ¿Qué es, entonces, lo que los convierte en oración? ¿Cuándo el enfado es simplemente enfado, y cuándo se vuelve oración? ¿Cuándo el dolor es solo dolor? ¿Cuándo un intenso deseo sexual es solo deseo sexual (porque, en efecto, el deseo sexual también puede convertirse en oración)? ¿O cuándo el odio es solo odio, y cuándo se transforma en oración?

—¡Espera un momento! ¿Has dicho «odio»? ¿Odio que se convierte en oración? ¿No estás llevando las cosas demasiado lejos?

En absoluto. Escucha: «Los odio con un odio implacable» (Sal 139, 22). Esta frase no la dice Sauron de Mordor, sino el libro de los salmos, esa recopilación de oraciones que Dios mismo enseñó a los israelitas. ¿Qué es lo que convierte estas terribles palabras en oración? Pues una sola cosa, la misma que transformó en oración el grito de dolor más desgarrador que jamás ha resonado en la tierra: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22, 2). ¿Qué hace que este grito no sea un aullido de dolor o incluso una blasfemia, sino una oración? La respuesta es: «Dios mío, Dios mío».

Aquí reside el secreto último de la oración, la piedra filosofal que convierte cualquier posible sentimiento, bueno o malo, agradable o desagradable, en el oro de la oración: ni la concentración, ni el silencio absoluto, ni la paz interior, ni mucho tiempo libre; el secreto último de la oración reside en este «Dios mío, Dios mío». Porque se lo digo a Dios, lo presento ante Dios, estoy siempre con Dios y sé que Dios está siempre conmigo.